

**Jacques Lacan**

**Seminario 9  
1961-1962**

**LA IDENTIFICACIÓN**

**(Versión Crítica)**

**4**

**Miércoles 6 de DICIEMBRE de 1961<sup>1</sup>**

Retomemos \*nuestro objetivo: 1\*<sup>2</sup>, a saber, lo que les anuncié la última vez: que yo entendía hacer pivotear alrededor de la noción del *uno* nuestro problema, el de la identificación, habiendo ya anunciado que la identificación, no es muy simplemente “hacer uno”. Pienso que esto no les será difícil de admitir.

---

<sup>1</sup> Para los criterios que rigieron la confección de la presente *Versión Crítica*, consultar nuestro **Prefacio**: «Sobre una *Versión Crítica* del Seminario 9 de Jacques Lacan, *L'identification*, y nuestra traducción». Para las abreviaturas que remiten a los diferentes textos-fuente de esta *Versión Crítica*, véase, al final de esta clase, nuestra nota sobre las **FUENTES PARA EL ESTABLECIMIENTO DEL TEXTO, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE ESTA 4ª SESIÓN DEL SEMINARIO**.

<sup>2</sup> \*nuestra idea\*

Nosotros partimos, como es normal en lo concerniente a la identificación, del modo de acceso más común de la experiencia subjetiva, el que se expresa por medio de lo que parece \*la evidencia\*<sup>3</sup> esencialmente comunicable en la fórmula que, a primera vista, no parece levantar objeción, \*que  $a$  sea  $a$ .\*<sup>4</sup>

He dicho *a primera vista*, porque está claro que, cualquiera que sea el valor de creencia que comporte esta fórmula, no soy el primero en elevar algunas objeciones en su contra. Ustedes no tienen más que abrir el menor tratado de lógica para encontrar qué dificultades el distinguo de esta fórmula, en apariencia la más simple, levanta por sí misma. Incluso podrán ver que la mayor parte de las dificultades que hay que resolver en muchos dominios — pero es particularmente sorprendente que esto sea en lógica más que en otra parte — destacan todas las confusiones posibles que pueden surgir de esta fórmula que se presta eminentemente a confusión.

Si ustedes tienen, por ejemplo, alguna dificultad, incluso cierta fatiga, al leer un texto tan apasionante como el del *Parménides* de Platón,<sup>5</sup> es en tanto que sobre este punto del *a es a*, digamos que a ustedes les falta un poco de reflexión, y en tanto, justamente, que si recién dije que el *a es a* es una creencia, hay que entenderlo como lo he dicho: es una creencia que seguramente no siempre ha reinado sobre nuestra especie, en tanto que, después de todo, la *a* ha comenzado en alguna parte — hablo de la *a*, letra *a* — y que no debía ser tan fácil acceder a este núcleo de certidumbre aparente que hay en el *a es a* cuando el hombre no disponía de la *a*.

Diré inmediatamente por qué camino puede llevarnos esta reflexión. Conviene de todos modos darse cuenta de lo que llega de nuevo con la *a*. Por el momento, contentémonos con esto, que nuestro lenguaje aquí nos permite articular bien: esto es que el *a es a*, tiene el aspecto de querer decir algo, eso produce *significado*.

---

<sup>3</sup> \*la experiencia\*

<sup>4</sup> \*que  $a$  es  $a$ \*

<sup>5</sup> PLATÓN, *Parménides*.

Yo planteo, muy seguro de no encontrar al respecto ninguna oposición de parte de nadie...

y sobre este tema en posición de competencia, de lo que he hecho la prueba, por los testimonios atestiguados por lo que puede leerse al respecto, que al interpelar a tal o cual matemático, suficientemente familiarizado con su ciencia para saber dónde nos encontramos actualmente, por ejemplo, y luego a muchos otros en todos los dominios,

... no encontraré oposición para avanzar — sobre ciertas condiciones de explicación, que son justamente aquellas a las que voy a someterme ante ustedes — que *a es a*, \*eso no significa nada\*<sup>6</sup>.

Es justamente de esta *nada* que va a tratarse, pues es esta *nada* la que tiene valor positivo para decir lo que eso significa.

Nosotros tenemos en nuestra experiencia, incluso en nuestro folklore analítico, algo, una imagen nunca lo bastante profundizada, explotada, que es el juego del nenito tan sabiamente localizado por Freud, percibido de manera tan perspicaz en el *fort-da*.<sup>7</sup>

Retomémoslo por nuestra cuenta, puesto que, de un objeto a tomar y volver a lanzar {*rejeter*} — se trata, en este niño, de su nieto — Freud supo percibir el gesto inaugural en el juego. Volvamos a hacer este gesto, tomemos este pequeño objeto: una pelotita de ping-pong. Yo la tomo, la oculto, se la vuelvo a mostrar. La pelotita de ping-pong es la pelotita de ping-pong, pero no es un significante, es un objeto.

Esta es una aproximación para decir: *esta a minúscula es una a minúscula* {*ce petit a est un petit a*}. Hay, entre estos dos momentos, que yo identifico indiscutiblemente de una manera legítima, la desaparición de la pelotita; sin eso, no hay ningún medio de que yo muestre, no hay nada que se forme sobre el plano de la imagen, por lo tanto la

---

<sup>6</sup> \*esto significa nada\*

<sup>7</sup> Sigmund FREUD, *Más allá del principio de placer* (1920), en *Obras Completas*, Volumen 18, Amorrortu editores, Buenos Aires, 1979, pp. 14-17.

pelotita está siempre ahí y yo puedo caer en catalepsia a fuerza de mirarla.

¿Qué relación hay entre el *es* que une las dos apariciones de la pelotita, y esta desaparición intermedia?

Sobre el plano imaginario, ustedes palpan que al menos se plantea la cuestión de la relación de ese *es* con lo que bien parece causarlo, a saber, la desaparición. Y ahí, ustedes se aproximan a uno de los secretos de la identificación, que es aquel al cual traté de hacer que se remitan, en el folklore de la identificación: esta asunción espontánea por el sujeto de la identidad de dos apariciones sin embargo bien diferentes.

Acuérdense de la historia del propietario de la granja muerto, que su servidor vuelve a encontrar en el cuerpo del ratoncito: la relación de este *es él* {*c'est lui*} con el *es otra vez él* {*c'est encore lui*}, ahí está lo que nos da la experiencia más simple de la identificación, el modelo y el registro. *El*, luego *otra vez él*: ahí está \*la mira del ser\*<sup>8</sup>. En el *otra vez él*, es el mismo ser el que aparece.

Para lo que es del otro, en suma, esto puede ir así, funciona. Para mi perra, que el otro día tomé como término de referencia, como acabo de decírselos, eso funciona: esta referencia al ser está suficientemente soportada, parece, por su olfato. En el campo imaginario, el soporte del ser es rápidamente concebible. Se trata de saber si es efectivamente de esta relación simple que se trata en nuestra experiencia de la identificación.

Cuando hablamos de nuestra experiencia del ser, no es por nada que todo el esfuerzo de un pensamiento, que es el nuestro, contemporáneo, va a formular algo cuyo enorme mueble yo no desplazo nunca sino con cierta sonrisa: este *Dasein*, este modo fundamental de nuestra \*presencia\*<sup>9</sup>, de la que parece que hay que designar su mueble dando todo acceso \*a este tema del ser, por referencia primaria\*<sup>10</sup>.

---

<sup>8</sup> \*la mira de la cuestión\* / \*la mira del ser de la cuestión\*

<sup>9</sup> \*experiencia\*

Es precisamente ahí que algo diferente nos fuerza a interrogarnos sobre lo siguiente: que la escansión en la que se manifiesta esta presencia en el mundo no es simplemente imaginaria, a saber, que ya no es al otro que aquí nos referimos, sino a este más íntimo de nosotros mismos del que tratamos de hacer el anclaje \*\*<sup>11</sup>, la raíz, el fundamento de lo que somos como sujeto.

Pues, si podemos articular, como lo hemos hecho, sobre el plano imaginario, que mi perra me reconozca como el mismo, no tenemos por el contrario ninguna indicación sobre la manera por la que ella se identifica. De cualquier manera que podamos reconsiderarla en sí misma, no sabemos, no tenemos ninguna prueba, ningún testimonio del modo bajo el cual, esta identificación, ella \*la engancha\*<sup>12</sup>.

Es precisamente aquí que aparece la función, el valor del significante mismo, como tal, y es en la medida misma en que es del sujeto que se trata que tenemos que interrogarnos sobre la relación de esta identificación del sujeto con lo que es una dimensión diferente de todo lo que es del orden de la aparición y de la desaparición, a saber: el estatuto del significante.

Que nuestra experiencia nos muestre que los diferentes modos, los diferentes ángulos bajo los cuales estamos llevados a identificarlos como sujeto, al menos para una parte de ellos, suponen el significante para articularlo, incluso bajo la forma más a menudo ambigua, impropia, mal manejable y sujeta a todo tipo de reservas y de distinciones que es el *a es a*, es ahí que quiero llevar vuestra atención; y ante todo quiero decir, sin perder más tiempo, mostrarles que si tenemos la chance de dar un paso más en este sentido, es tratando de articular este estatuto del significante como tal.

---

<sup>10</sup> \*a este término del ser la referencia primaria\*

<sup>11</sup> Nota al margen de **ROU**: “L.B \*nota manuscrita: incluso el entintado {l’encrage}\* ... lo que deja suponer que remite a una nota manuscrita de Lacan” — el equívoco entre *ancree*, “ancla”, y *encre*, “tinta”, no es desdeñable cuando se trata de la letra.

<sup>12</sup> \*la aproxima\*

Lo indico inmediatamente: el significante no es el signo. Es a dar a esta distinción su fórmula precisa que vamos a dedicarnos. Quiero decir que es al mostrar dónde reside esta diferencia que podremos ver surgir este hecho, ya dado por nuestra experiencia, que es del efecto del significante que surge como tal el sujeto.

¿Efecto metonímico? ¿Efecto metafórico? No lo sabemos todavía. Y quizá hay algo articulable, ya antes de estos efectos, que nos permite ver despuntar, formar en una relación, en una vinculación, la dependencia del sujeto como tal por relación al significante. Es lo que vamos a ver en la experiencia.

Para adelantar lo que trato de hacerles captar aquí, para adelantarlo en una corta imagen a la que no se trata sino de dar todavía más que una suerte de valor de soporte, de apólogo, midan la diferencia entre esto, que al comienzo quizá va a parecerles un juego de palabras, pero justamente, es uno: está \*la huella de un paso {*la trace d'un pas*}\*<sup>13</sup> ...

Ya los he llevado sobre esta pista, fuertemente teñida de un aire mítico, correlativo, justamente, del tiempo en que comienza a articularse en el pensamiento la función del sujeto como tal,

... Robinson, ante la huella de paso {*la trace de pas*}, que le muestra que en la isla no está solo. La distancia que separa este *pas* {paso} de lo que devino fonéticamente el *pas* {no} como instrumento de la negación, ahí están justamente los dos extremos de la cadena que aquí les pido que sostengan antes de mostrarles efectivamente lo que la constituye, y que es entre las dos extremidades de la cadena que el sujeto puede surgir, y en ninguna otra parte.<sup>14</sup>

---

<sup>13</sup> Sólo en **AFI** encontramos esta acotación entre corchetes: \**la trace d'un pas [et le pas de trace]* {la huella de un paso [y el no hay huella]}\* — esta acotación se adelanta respecto del equívoco que introduce a continuación Lacan, entre *pas* como “paso” y el *pas* como término fuerte de la negación en francés.

<sup>14</sup> Dos notas al margen de **ROU**: 1) “Sobre Robinson: cf. Lacan, *Las formaciones del inconsciente*, XX, 23-4-58, y también *El deseo y su interpretación*, V, 10-12-1958.” 2) “Sobre la marca: cf. *Las formaciones del inconsciente*, XVII, 26-3-1958 (complejo de castración como relación de un deseo con una marca).”

Al captarlo, llegaremos a relativizar algo, de manera tal que ustedes puedan considerar esta fórmula, *a es a*, ella misma como una especie de estigma, quiero decir en su carácter de creencia, como la afirmación de lo que llamaré \*una *ἐποχή* {*epojé*}\*<sup>15</sup>: época, momento, paréntesis. Término histórico, después de todo, del que podemos, ustedes lo verán, entrever el campo como limitado.

Lo que llamé el otro día una indicación, que todavía seguirá no siendo más que una indicación, de la identidad de esta falsa consistencia del *a es a* con lo que llamé una era teológica, me permitirá, creo, dar un paso en lo que está en juego en lo que concierne al problema de la identificación, en tanto que el análisis necesita que se la formule, por relación a cierto acceso a lo idéntico, como trascendiéndolo.

Esta fecundidad, esta suerte de determinación que está suspendida a este significado del *a es a*, no podría reposar sobre su verdad, puesto que no es verdadera, esta afirmación.

Lo que se trata de alcanzar en lo que ante ustedes me esfuerzo por formular, es que esta fecundidad reposa justamente sobre el hecho objetivo...

empleo aquí *objetivo* en el sentido que tiene por ejemplo en el texto de Descartes: cuando se va un poco más lejos se ve surgir la distinción, en lo que concierne a las ideas, de su realidad actual con su realidad objetiva.<sup>16</sup>

Y naturalmente, los profesores nos sacan volúmenes muy sabios, tales como un índice escolástico-cartesiano,<sup>17</sup> para decirnos, de lo que nos parece ahí, a nosotros — puesto que Dios sabe que somos

---

<sup>15</sup> \*una época {*une époque*}\*

<sup>16</sup> “Pues, en efecto las {ideas o imágenes} que me representan sustancias son sin duda algo más y encierran en sí (por así decir) más realidad objetiva, es decir, participan por representación en más grados de ser o de perfección que las que me representan solamente modos o accidentes.” — cf. René DESCARTES, *Meditaciones metafísicas*, Tercera Meditación, en *Obras Escogidas*, Editorial Charcas, Buenos Aires, 1980, p. 239.

<sup>17</sup> Nota de ROU: “E. Gilson, *Index scolastico-cartésien*, Paris, Alcan, 1912”.

maliciosos — un poco embrollado, ¡que esto es una herencia de la escolástica! Mediante lo cual se cree haber explicado todo, quiero decir, que uno se ha liberado de lo que está en cuestión, a saber: ¿por qué Descartes se vió llevado, él, el antiescolástico, a volver a servirse de esos viejos accesorios? No parece que se les ocurra tan fácilmente, incluso a los mejores historiadores, que lo único interesante es: su necesidad de volver a sacarlos. Está perfectamente claro que no es para volver a hacer de nuevo el argumento de San Anselmo que vuelve a pasear todo esto por el primer plano de la escena.

... el hecho objetivo de que  $a$  no puede ser  $a$ . Es esto lo que yo quisiera ante todo poner en evidencia para ustedes, justamente para hacerles comprender que es de algo que tiene relación con este hecho objetivo que se trata, y hasta en ese falso efecto de significado, que ahí no es más que sombra y, consecuencia, que nos deja fijados a esa especie de espontaneidad que hay en el  $a$  es  $a$ .

Que el significante sea fecundo por no poder ser en ningún caso idéntico a sí mismo, entiendan bien ahí lo que quiero decir: es totalmente claro que no estoy en vías, aunque valga la pena al pasar para distinguirlo de eso, de hacerles observar que no hay tautología en el hecho de decir que *la guerra es la guerra*.

Todo el mundo sabe esto: cuando se dice *la guerra es la guerra*, se dice algo. No se sabe exactamente qué, por otra parte, pero uno puede buscarlo. Uno puede encontrarlo, y se lo encuentra muy fácilmente, al alcance de la mano. \*Esto quiere decir: lo que comienza a partir de cierto momento, estamos en estado de guerra\*<sup>18</sup>. Eso comporta unas condiciones un poquito diferentes de las cosas. Es lo que Péguy llamaba: que las clavijitas no iban más en los agujeritos.<sup>19</sup> Es

---

<sup>18</sup> \*eso quiere decir por ejemplo podemos disparar\*

<sup>19</sup> “Péguy Charles. (1873-1914) Escritor y gran poeta francés, teniente durante la 1ª Guerra mundial, muere en la batalla del Marne. Dirigía la revista literaria *Cahiers de la Quinzaine*.” — cf. Diana ESTRIN, *Lacan día por día*, editorial pieaterra, Buenos Aires, 2002, p.36. Se trata de una referencia no rara en Lacan, por ejemplo: “Dicho de otro modo, que la cólera es esencialmente algo ligado a esta fórmula que quisiera tomar prestada de Péguy, quien la dijo en una circunstancia humorística: «Es cuando las clavijitas no entran en los agujeritos».” — Jacques LACAN, *L'éthique de la psychanalyse*, Séminaire 1959-1960, Éditions de l'Asso-



una definición péguysta, es decir, que no es nada menos que cierta. Se podría sostener lo contrario, a saber, que es justamente para volver a meter las clavijitas en sus verdaderos agujeritos que la guerra comienza, o, al contrario, que es para hacer nuevos agujeritos para antiguas clavijitas, y así sucesivamente.<sup>20</sup>

Esto, por otra parte, no tiene estrictamente ningún interés para nosotros, salvo que esta prosecución, cualquiera que sea, ¡se cumple con una eficacia notable por medio de la más profunda imbecilidad!... ¡lo que debe igualmente hacernos reflexionar sobre la función del sujeto por relación a los efectos del significante!

Pero tomemos algo simple, y terminemos con esto rápidamente. Si yo digo: “mi abuelo es mi abuelo”, ustedes de todos modos deben ahí captar bien que no hay ninguna tautología. Que *mi abuelo*, primer término, es un uso de índice del [segundo] término *mi abuelo*, que no es sensiblemente diferente de su nombre propio, por ejemplo Emile Lacan, ni tampoco del *éste* {*c*} del *éste es* {*c'est*} cuando yo lo designo cuando él entra en un cuarto: “éste es mi abuelo”.

Lo que no quiere decir que su nombre propio sea lo mismo que ese *éste* {*c*} de: “*this is my grandfather*”.

Nos deja estupefactos que un lógico como Russell haya podido decir que el nombre propio es de la misma categoría, de la misma clase significante que el *this*, *that* o *it*, bajo el pretexto de que son susceptibles del mismo empleo funcional en ciertos casos.<sup>21</sup>

Esto es un paréntesis, pero, como todos \*los\*<sup>22</sup> paréntesis, un paréntesis destinado a ser vuelto a encontrar más adelante, a propósito del estatuto del nombre propio, del que no hablaremos hoy.

---

ciation Freudienne Internationale, Paris, 1999. Sesión del 20 de Enero de 1960, la traducción es mía.

<sup>20</sup> En este párrafo, un par de transcritores del Seminario transcriben \*Hamlet\* en lugar de \*Péguy\*.

<sup>21</sup> B. RUSSELL, *On denoting*.

<sup>22</sup> \*mis\*

Como quiera que sea, lo que está en juego en *mi abuelo es mi abuelo* quiere decir esto: que ese execrable pequeño burgués que era el susodicho, ese horrible personaje gracias al cual accedí, a una edad precoz, a esa función fundamental que es maldecir a Dios, ese personaje es exactamente el mismo que es llevado sobre el estado civil como estando demostrado por los lazos del matrimonio que es el padre de mi padre, en tanto que es justamente del nacimiento de éste que se trata en el acta en cuestión. Ustedes ven por lo tanto hasta qué punto *mi abuelo es mi abuelo* no es una tautología.

Esto se aplica a todas las tautologías, y no da al respecto una fórmula unívoca, pues aquí se trata de una relación de lo real con lo simbólico. En otros casos, habrá una relación de lo imaginario con lo simbólico, y hagan toda la serie de las permutaciones, cuestión de ver cuáles serán válidas. Yo no puedo comprometerme en esta vía, porque si les hablo de esto — que es de alguna manera un modo de descartar las falsas tautologías que son simplemente el uso corriente, permanente del lenguaje — es para decirles que no es esto lo que quiero decir si postulo que no hay tautología posible. No es en tanto que *a* primera y *a* segunda quieren decir cosas diferentes que yo digo que no hay tautología, es en el estatuto mismo de *a* que está inscripto que *a* no puede ser *a*.

Y es sobre esto que terminé mi discurso de la última vez, designándoles en Saussure el punto donde está dicho que *a* como significante no puede de ninguna manera definirse, sino más que como no siendo lo que son los otros significantes. De este hecho, que no pueda definirse más que por esto justamente de no ser todos los otros significantes, de esto depende esta dimensión de que es igualmente verdadero que él no podría ser él mismo.

No es suficiente adelantarle así, de esta manera opaca justamente porque ella sorprende, hace naufragar esa creencia suspendida al hecho de que ahí está el verdadero soporte de la identidad, es preciso que se los haga sentir.

¿Qué es un significante? Si todo el mundo, y no solamente los lógicos, hablan de *a* cuando se trata de *a es a*, a pesar de todo esto no es un azar, es porque para soportar lo que se designa es preciso una letra. Ustedes me lo acordarán, pienso. Pero igualmente, no tengo a este

salto por decisivo, sino que mi discurso no lo recorta, no lo demuestra de una manera suficientemente sobreabundante como para que ustedes estén convencidos al respecto. Y estarán tanto más convencidos al respecto cuanto que voy a tratar de mostrarles, en la letra justamente, esta esencia del significante, por donde él se distingue del signo.

He hecho algo para ustedes el sábado pasado, en mi casa de campo, donde colgué en mi pared lo que se llama una caligrafía china. Si no fuera china no la habría colgado en mi pared, por la razón de que sólo en China la caligrafía ha tomado un valor de objeto de arte. Es lo mismo que tener una pintura, tiene el mismo valor.

Hay las mismas diferencias, y quizá más todavía, de una escritura a otra en nuestra cultura que en la cultura china, pero no le otorgamos el mismo valor.

Por otra parte tendré ocasión de mostrarles lo que puede, para nosotros, enmascarar el valor de la letra, lo que, en razón del estatuto particular del carácter chino, está particularmente bien puesto en evidencia en este carácter.

Lo que por lo tanto voy a mostrarles no toma su plena y más exacta situación más que por medio de cierta reflexión sobre lo que es el carácter chino. De todos modos, ya he aludido bastante, algunas veces, al carácter chino y a su estatuto, como para que ustedes sepan que llamarlo *ideográfico*, no es de ningún modo suficiente. Se los mostraré quizá más en detalle. Es lo que por otra parte tiene en común con todo lo que se ha llamado *ideográfico*: no hay nada, hablando con propiedad, que merezca este término en el sentido en que se lo imagina habitualmente, diría casi especialmente en el sentido en que el pequeño esquema de Saussure, con *arbor* y el árbol dibujado por debajo, lo sostiene todavía por una especie de imprudencia que es aquello en lo cual se fijan los malentendidos y las confusiones.<sup>23</sup>

---

<sup>23</sup> Aquí **ROU** añade al margen “el pequeño esquema de Saussure” al que se refiere Lacan, y que el lector puede localizar en el *Curso...* de Saussure — cf. Ferdinand DE SAUSSURE, *Curso de lingüística general*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1974, p. 129, y Editorial Planeta-Agostini, Barcelona, 1994, p. 103. Pero este añadido de **ROU** es de los que no ayudan, como se leerá a continuación. Se tendrá en cuenta que: 1) en dicho esquema, el dibujo del árbol no está “debajo” como dice Lacan en el Seminario (tal vez con la cabeza puesta en las modificaciones que en



Lo que aquí quiero mostrarles, lo hice en dos ejemplares. Me habían dado al mismo tiempo un nuevo pequeño instrumento del que algunos pintores hacen gran caso, que es una especie de pincel espeso en el que la tinta viene del interior, que permite dibujar trazos con un espesor, una consistencia interesante. De esto resultó que copié mucho más fácilmente que lo que lo habría hecho normalmente la forma que tenían los caracteres sobre mi caligrafía.

En la columna de la izquierda, vean la caligrafía de esta frase, que quiere decir: “la sombra de mi sombrero danza y tiembla sobre las flores del Hai tang”. Del otro lado, ustedes ven escrita la misma frase en los caracteres corrientes, los que son los más lícitos, los que hace el estudiante balbuceante cuando hace correctamente sus caracteres. Estas dos series son perfectamente identificables, y al mismo tiempo no se parecen para nada.<sup>24</sup>

¿Se dan cuenta ustedes de que es de la manera más clara, en tanto que no se parecen para nada, que son muy evidentemente, de arriba a abajo, a derecha y a izquierda, los mismos siete caracteres, incluso para alguien que no tiene ninguna idea, no solamente de los caracteres chinos, sino ninguna idea hasta entonces de que hubiera cosas que se llamaran caracteres chinos?

---

su escrito sobre *La instancia de la letra...* infligió al signo saussuriano para transformarlo en el “algoritmo” que “merece ser atribuido a Ferdinand de Saussure”) — cf. Jacques LACAN, «La instancia de la letra en el inconsciente o la razón desde Freud», en *Escritos 1*, pp. 476-477; 2) algo de lo que Lacan no podía tener conocimiento en ese momento, por haberlo establecido recién la edición crítica del *Curso...* de Tullio de Mauro en 1967, a saber, que la figura del signo con el árbol, y las flechas en las tres figuras de esa página, son obra de los primeros editores del *Curso...*, Charles Bally, Albert Sechehaye y Albert Riedlinger.

<sup>24</sup> La nota al margen de **ROU** informa que Lacan hace circular dos series de caracteres: en caligrafía y en la escritura banal del estudiante.

Si alguien descubre esto por primera vez dibujado en alguna parte en un desierto, verá que se trata, a derecha y a izquierda, de caracteres, y de la misma sucesión de caracteres a derecha y a izquierda.

Esto para introducirlos en lo que constituye la esencia del significante, y del que no es por nada que lo ilustraré mejor por su forma más simple, que es lo que designamos desde hace algún tiempo como el *einzigster Zug*.

El *einzigster Zug* \*que yo apunto aquí es lo que da a esta función su valor, su acto y su resorte. Es\*<sup>25</sup> esto lo que necesita, para disipar lo que podría quedar aquí de confusión, que yo introduzca, para traducirlo mejor y más precisamente, este término, que no es un neologismo, que se emplea en la teoría llamada de los conjuntos: el término *unario* en lugar del término *único*.

Al menos es útil que yo me sirva de él hoy, para hacerles sentir bien este nervio del que se trata en la distinción del estatuto del significante.

El rasgo unario, entonces, /, así sea como aquí vertical — llamamos a esto *hacer palotes* — o que sea, como lo hacen los chinos, horizontal, *puede parecer* que su función ejemplar esté ligada a la reducción extrema, a su propósito justamente, de todas las ocasiones de diferencia cualitativa. Quiero decir que a partir del momento en que debo hacer simplemente un trazo, no hay, parece, muchas variedades ni variaciones posibles: es esto lo que va a constituir su valor privilegiado para nosotros.

Desengañense. No más que recién no se trataba, para seguir la pista de lo que se trata en la fórmula *no hay tautología*, de perseguir a la tautología ahí justamente donde no está, tampoco se trata aquí de discernir lo que he llamado el carácter perfectamente aprehensible del estatuto del significante, cualquiera que sea, *a* u otro, en el hecho de que algo en su estructura eliminaría estas diferencias...

... yo las llamo *cualitativas* porque es de este término que los lógicos se sirven cuando se trata de definir la identidad.

---

<sup>25</sup> \*que es lo que da [...] resorte, es\*

... de la eliminación de las diferencias cualitativas, de su reducción, como se diría, a un esquema simplificado, sería ahí que estaría el resorte de este reconocimiento característico de nuestra aprehensión de lo que es el soporte del significante: la letra.

No hay nada de esto. No es de esto que se trata, pues si yo hago una línea de palotes es totalmente claro que, cualquiera que sea mi aplicación, no habrá uno solo de estos igual. Y diré más: son tanto más convincentes como línea de palotes cuanto que, justamente, yo no me haya aplicado tanto en hacerlos rigurosamente semejantes.

Desde que trato de formular para ustedes lo que estoy formulando ahora, me he interrogado, con los medios a mi alcance, es decir, los que están dados a todo el mundo, sobre esto que, después de todo, no es evidente en seguida: ¿en qué momento es que vemos aparecer una línea de palotes?<sup>26</sup>



*Gruta de Brassempouy. Marfil.  
Auriñaciense. 3,4 cm X 2 cm.  
“Una de las muy raras representaciones de un rostro humano”*

Estuve en un sitio verdaderamente extraordinario, donde quizá, después de todo, por medio de mis palabras voy a acarrear que se anime el desierto, quiero decir que algunos de ustedes van a precipitarse allí, quiero decir: el museo de Saint-Germain.<sup>27</sup> Es fascinante, es apasionante, y lo será tanto más cuanto que ustedes tratarán a pesar de todo de encontrar a alguien que ya haya estado antes que ustedes, porque no hay ningún catálogo, ningún plano, y es completamente impo-

---

<sup>26</sup> Al margen del párrafo siguiente **ROU** reproduce esta figura, acompañada de su leyenda.

<sup>27</sup> Nota de **ROU**: Museo de Antigüedades nacionales de Saint-Germain-en-Laye.

sible saber dónde y qué es qué, y ubicarse en la sucesión de esas salas. Hay una sala que se llama la sala Piette, por el nombre del juez de paz que era un genio y que hizo los descubrimientos de la prehistoria más prodigiosos, quiero decir de algunos pequeños objetos, en general de talla muy pequeña, que son lo más fascinante que se pueda ver. Y tener en su mano una pequeña cabeza de mujer que tiene ciertamente como 30.000 años, tiene de todos modos su valor, además de que esta cabeza está llena de cuestiones.

Pero ustedes podrán ver a través de una vitrina...

... es muy fácil de ver, pues gracias a las disposiciones testamentarias de ese hombre notable, se está absolutamente forzado a dejar todo en el mayor desbarajuste, con las etiquetas completamente superadas que se ha colocado sobre los objetos. A pesar de todo, se ha logrado poner sobre un poco de plástico algo que permite distinguir el valor de algunos de esos objetos.<sup>28</sup>



*Gruta de Lortet. Fragmento de  
lámina de costilla. Magdaleniense  
5 o 6. 5,7 cm X 1,6 cm.*

... ¿cómo decirles esa emoción que me embargó cuando, inclinado sobre una de esas vitrinas, vi sobre una delgada costilla, manifiestamente una costilla de un mamífero — no sé muy bien cuál, y no sé si alguien lo sabrá mejor que yo — género ciervo, cévido, una serie de pequeños palotes: dos primero, luego un pequeño intervalo, y a continuación cinco, y luego eso recomienza.

---

<sup>28</sup> Al margen del párrafo siguiente **ROU** reproduce esta figura, acompañada de su leyenda.

He ahí, me decía dirigiéndome a mí mismo por mi nombre secreto o público, he ahí por qué, en suma, Jacques Lacan, tu hija no es muda.<sup>29</sup> He ahí por qué tu hija es tu hija, pues si fuéramos mudos, ella no sería tu hija. Evidentemente, esto es ventajoso, a pesar de vivir en un mundo muy comparable al de un asilo de alienados universal, consecuencia no menos cierta de la existencia de los significantes, van a verlo.<sup>30</sup>



*Gruta del Mas-d'Azil. Fragmento de cornamenta de reno. ¿Quizá punta de propulsor o de bastón perforado? Magdalenense 4. 7,5 cm X 1,6 cm.*

Estos palotes que no aparecen sino mucho más tarde, varios miles de años más tarde, después de que los hombres hayan sabido hacer objetos de una exactitud realista, que en el Auriñaciense<sup>31</sup> se hubiesen hecho bisontes detrás los cuales, desde el punto de vista del arte del pintor, ¡todavía podemos correr! Pero, mucho más, en la misma época se hacía en hueso, muy pequeño, una reproducción de algo, con la que parecería que no hubiera habido necesidad de fatigarse, puesto que es una reproducción de otra cosa en hueso, pero ésta mucho más grande: un cráneo de caballo.

¿Por qué volver a hacer en hueso, pequeñito, cuando verdaderamente nos imaginamos que en esa época tenían otra cosa para hacer, esta reproducción inigualable? Quiero decir que, en el Cuvier que tengo en mi casa de campo, tengo algunos grabados excesivamente no-

---

<sup>29</sup> «*Voilà pourquoi votre fille est muette*» = “He ahí por qué vuestra hija es muda”, célebre fórmula de *El médico a pesar suyo*, de Molière, que se recuerda para burlarse de una explicación verbosa e incoherente.

<sup>30</sup> Al margen del párrafo siguiente **ROU** reproduce esta figura, acompañada de su leyenda.

<sup>31</sup> Así se denomina el primer período del paleolítico superior, que toma su nombre de la cueva de Aurignac, en el Alto Garona (Francia). Se caracteriza por el desarrollo de la industria del hueso y del sílex, así como por la aparición de las primeras esculturas.



tables de los esqueletos fósiles que están hechos por unos artistas consumados:<sup>32</sup> eso no es mejor que esta pequeña reducción de un cráneo de caballo esculpida en el hueso, que es de una exactitud anatómica tal que no es solamente convincente, es rigurosa.

Y bien, es mucho más tarde solamente que encontramos la huella de algo que sea sin ambigüedad *\*significante\**<sup>33</sup>, y este significante está totalmente solo, pues no sueño con dar, falto de información, un sentido especial a este pequeño aumento de intervalo que hay en alguna parte en esta línea de palotes. Es posible, pero no puedo decir nada al respecto. Lo que yo quiero decir, en cambio, es que aquí vemos surgir algo de lo que yo no digo que es la primera aparición, sino en todo caso una aparición cierta de algo por lo que ustedes ven que esto se distingue completamente de lo que puede designarse como la diferencia cualitativa. Cada uno de estos trazos no es para nada idéntico al que es su vecino, pero no es porque son diferentes que funcionan como diferentes, sino en razón de que la diferencia significativa es distinta de todo lo que se relaciona con la diferencia cualitativa, como acabo de mostrárselos con las cositas que acabo de hacer circular ante ustedes.

La diferencia cualitativa puede incluso, dado el caso, subrayar la mismidad significativa. Esta mismidad está constituida por esto, justamente, que el significante como tal sirve para connotar la diferencia en estado puro, y la prueba es que en su primera aparición el *uno* manifiestamente designa la multiplicidad *\*como tal\**<sup>34</sup>.

Dicho de otro modo: soy cazador... puesto que henos aquí transportados a nivel del Magdaleniense 4<sup>35</sup>. Dios sabe que atrapar una

---

<sup>32</sup> Georges Cuvier (1769-1832). Naturalista francés, fundador de la anatomía comparada, uno de los fundadores de la paleontología, autor de numerosos tratados sobre estos temas.

<sup>33</sup> *{du signifiant} / \*significantes {des signifiants}\** / *\*significantes, o más bien un solo significante!\**

<sup>34</sup> *\*actual\**

<sup>35</sup> Período prehistórico del paleolítico superior, entre el 20000 y el 9500 a. C. Se distinguen en él seis fases según el tratamiento del hueso. Sus pinturas y grabados

bestia no era mucho más simple en esa época que lo que lo es en nuestros días para los que se llaman los Bushmen, ¡y era toda una aventura! Parece que, tras haber alcanzado a la bestia, era preciso acorrallarla largo tiempo para verla sucumbir a lo que era el efecto del veneno. He matado a una, es una aventura. He matado a otra, es una segunda aventura, que puedo distinguir por ciertos rasgos de la primera, pero que se le parece esencialmente por estar marcada por la misma línea general. A la cuarta, puede haber embrollo: ¿qué es lo que la distingue de la segunda, por ejemplo? A la vigésima, ¿cómo haré para ubicarme? O incluso, ¿acaso sabré que han habido veinte?

El Marqués de Sade, en la calle Paradis en Marsella, encerrado con su pequeño sirviente, procedía del mismo modo para los golpes, aunque diversamente variados, que sacó en compañía de ese *partenaire*, así fuese con algunas comparsas ellas mismas diversamente variadas.<sup>36</sup> Este hombre ejemplar, cuyas relaciones con el deseo debían seguramente estar marcadas por algún ardor poco común, se piense lo que se piense, marcó en la cabecera de su cama, se dice, por medio de pequeños trazos, cada uno de los golpes, para llamarlos por su nombre, que se vio llevado a proseguir hasta su cumplimiento en esa especie de singular retiro probatorio. Seguramente, hay que estar uno mismo muy comprometido en la aventura del deseo, al menos según todo lo que el común de las cosas nos enseña de la experiencia más ordinaria de los mortales, para tener tal necesidad de localizarse en la sucesión de estos cumplimientos sexuales. Sin embargo no es impensable que en ciertas épocas favorecidas de la vida algo pueda volverse borroso del punto exacto al que se ha llegado en el campo de la numeración decimal.

---

rupestres pueden observarse por ejemplo en las cuevas de Altamira, Font-de-Gaume y Lascaux.

<sup>36</sup> Aquí **ROU** remite al “Extracto del procedimiento conceniente al asunto de Marsella, de junio de 1772, publicado por Maurice Heine y retomado por G. Lely, *La vie du marquis de Sade*, Paris, 1952, vol. 1, p. 306-307, § III”. En dicho procedimiento efectuado en una de las casas habitadas por Sade, los oficiales de justicia constataron la existencia de series de cifras grabadas en el muro “sobre el tubo de la chimenea” (“ordenadas de la manera que sigue: 215 179 225 240”), cifras que, según el testimonio de tres muchachas contratadas por el marqués para eso, computaban los latigazos recibidos por éste.

De lo que se trata en la muesca, en el trazo marcado en cruz, es algo de lo que no podemos no ver que aquí surge algo nuevo por relación a lo que podemos llamar la inmanencia de alguna acción esencial cualquiera que sea. Este ser, que podemos imaginar todavía desprovisto de ese modo de localización, ¿qué es lo que hará, al cabo de un tiempo bastante corto y limitado por la intuición, para que no se sienta simplemente solidario de un presente siempre fácilmente renovado en el que nada le permite ya discernir lo que existe como diferencia en lo real?

\*No basta decir: “es ya bien evidente que esta diferencia está en lo vivido del sujeto, pues ¿qué se parece más a un ciclo que el retorno de las necesidades y de las satisfacciones que allí se aguardan?”. Del mismo modo que no basta\*<sup>37</sup> decir: “¡pero de todos modos, Fulano no es yo!”. No es simplemente porque Laplanche tiene los cabellos así y que yo los tengo asá, y que él tiene los ojos de cierta manera, y que no tiene completamente la misma sonrisa que yo, que él es diferente.

Ustedes dirán: “Laplanche es Laplanche, y Lacan es Lacan”. Pero es justamente ahí que está toda la cuestión, puesto que justamente en el análisis se plantea la cuestión de si Laplanche no es el pensamiento de Lacan, y si Lacan no es el ser de Laplanche, o inversamente. La cuestión no está suficientemente resuelta en lo real. Es el significante el que decide, es él el que introduce la diferencia como tal en lo real, y justamente en la medida en que de lo que se trata no es de diferencias cualitativas.

Pero entonces si ese significante, en su función de diferencia, es algo que se presenta así bajo el modo de la paradoja de ser justamente diferente de esta diferencia que se fundaría sobre, o no, la semejanza, por ser algo distinto, y del que, lo repito, podemos muy bien suponer, porque lo tenemos a nuestro alcance, que hay seres que viven y se so-

---

<sup>37</sup> \*no basta decir que lo que se parece más a un ciclo de acción que el retorno de las necesidades y satisfacciones que allí se aguardan\* / \*No basta decir — en lo vivido de un sujeto esto es evidente pues ¿qué es lo que se parece más a un vivido que la necesidad de retorno de las satisfacciones?\* / \*No basta decir que en lo vivido de un sujeto: lo que se parece a un ciclo: el retorno de las necesidades de satisfacción que allí se aguardan\* / \*No basta decir — esto es ya bien evidente — que esta diferencia está en lo vivido del sujeto del mismo modo que no basta [...]\*

portan muy bien ignorando completamente este tipo de diferencia que, ciertamente, por ejemplo, no es accesible a mi perra...

... Y no les muestro en seguida — pues se los mostraré más en detalle y de una manera más articulada — que es precisamente por eso que aparentemente la única cosa que ella no sepa, es que ella misma es. Y que ella misma sea, tenemos que buscar bajo qué modo esto está suspendido de esta especie de distinción particularmente manifiesta en el trazo unario en tanto que lo que lo distingue no es una identidad de semejanza, es otra cosa. ¿Cuál es esta otra cosa? Es lo siguiente, es que el significante no es un signo.<sup>38</sup>

$$\text{algo} \rightarrow \frac{\text{S}}{\text{alguien}} \quad \text{S = signo}$$

Un signo, se nos dice, es representar algo para alguien: el alguien está ahí como soporte del signo. La definición primera que se puede dar de un alguien, es: alguien que es accesible a un signo. Es la forma más elemental, si uno puede expresarse así, de la subjetividad. No hay objeto aquí todavía, hay algo distinto: el signo, que representa ese algo para alguien.

Un significante se distingue de un signo ante todo en esto, que es lo que traté de hacerles sentir, esto es que los significantes no manifiestan ante todo más que la presencia de la diferencia como tal y ninguna otra cosa. Lo primero por lo tanto que implica, es que la relación del signo con la cosa esté borrada. Esos *uno, / / /*, del hueso magdaleniense, muy astuto sería quien pudiera decirles de qué eran el signo. Y nosotros estamos, a Dios gracias, lo bastante avanzados desde el Magdaleniense 4 como para que ustedes se den cuenta de lo siguiente — que para ustedes tiene la misma especie, sin duda, de evidencia ingenua, permítanme que se los diga, que *a es a* — esto es, a saber, que, como se les ha enseñado en la escuela, no se pueden sumar trapos con servilletas, puerros con zanahorias, y así sucesivamente. Es completamente un error: eso no empieza a volverse verdadero más que a partir

---

<sup>38</sup> El esquema que sigue, **ROU** lo proporciona al margen.

de una definición de la suma que supone, se los aseguro, una cantidad de axiomas ya suficiente para cubrir toda esta sección del pizarrón.

En el nivel en que las cosas son tomadas en nuestros días en la reflexión matemática, especialmente, para llamarla por su nombre, en la teoría de los conjuntos, no podría, en las operaciones más fundamentales tales como las de, por ejemplo, una reunión o una intersección, no podría de ningún modo tratarse de postular unas condiciones tan exorbitantes para la validez de las operaciones. Ustedes pueden muy bien sumar lo que quieran a nivel de cierto registro, por la simple razón de que de lo que se trata en un conjunto es, como lo ha \*expresado muy bien uno de los teóricos especulando sobre una de las llamadas paradojas\*<sup>39</sup>: no se trata ni de objeto ni de cosa, se trata de *uno* muy exactamente, en lo que se llama *elemento de los conjuntos*.

Esto no está suficientemente destacado en el texto al que aludo, por una célebre razón, es que justamente esta reflexión sobre lo que es un *uno* no está muy elaborada, incluso por aquellos que, en la teoría matemática más moderna, hacen sin embargo del mismo el uso más claro, el más manifiesto.

Este *uno* como tal, en tanto que marca la diferencia pura, es a él que vamos a referirnos para poner a prueba, en nuestra próxima reunión, las relaciones del sujeto con el significante.

Será preciso en primer lugar que distingamos el significante del signo, y que mostremos en qué sentido el paso {*pas*} que está franqueado es el de la cosa borrada {*effacée*}. Las diversas *effaçons*, si ustedes me permiten servirme de esta fórmula,<sup>40</sup> por la que surge el signi-

---

<sup>39</sup> \*hecho [...] paradojas\* / \*hecho [...] paradojales\*

<sup>40</sup> Es que la “fórmula” por la que Lacan pide permiso es un neologismo: *effaçon* condensa *effacer*, “borrar”, o *effacement*, “borramiento”, y *façon*, que en su primera acepción remite a la acción de dar forma a algo, de ejecutarla, es decir a la “fabricación”, “factura”, “creación” (*façon* deriva del latín *factio*, “poder, manera de hacer”, que a su vez deriva del verbo *facere* → *faire* → hacer), y en otras acepciones a lo que suele traducirse como “manera”, “modo”, incluso “forma”. Podría inventarse algo como *factuborradura*, para incluir la idea de “un borrar que hace”, pero esto en castellano tendría un carácter mucho más forzado que este equívoco-neologismo inventado por Lacan en francés. Volvemos a encontrar este término

ficante, nos darán precisamente los modos mayores de la manifestación del sujeto.

De ahora en adelante, para indicarles, recordarles las fórmulas bajo las cuales he anotado para ustedes, por ejemplo, la función de la metonimia, función S mayúscula  $\{f(S)\}$  en tanto que está en una cadena que se continúa por S', S'', S''', etc..., es esto, lo que debe darnos el efecto que llamé del *poco de sentido*  $\{peu de sens\}$ , en tanto que el signo *menos* designa, connota cierto modo de aparición del significado tal como resulta de la puesta en función de S, el significante, en una cadena significante.

$$f(S, S', S'', S''', \dots) S \approx S (-) s$$

Lo pondremos a la prueba de una substitución, a esas S y S', por el *uno* en tanto que, justamente, esta operación es completamente lícita.

Y ustedes lo saben mejor que nadie, ustedes, para quienes la repetición es la base de vuestra experiencia: lo que constituye el nervio de la repetición, del automatismo de repetición para vuestra experiencia, no es que sea siempre lo mismo lo que es interesante, es *\*ese por qué\**<sup>41</sup> eso se repite, esto de lo que justamente el sujeto, desde el punto de vista de su confort biológico, no tiene, ustedes lo saben, verdaderamente estrictamente ninguna necesidad, en cuanto a lo que concierne a las repeticiones con las que nos las vemos, es decir, las repeticiones más pegajosas, las más jodidas, las más sintomatógenas. Es ahí que debe dirigirse vuestra atención para develar la incidencia como tal de la función del significante.

---

en la sesión del 14 de Mayo de 1969, del Seminario *De un Otro al otro*, y dos veces en el escrito del 5 de Junio de 1970 titulado *Radiofonía*. La versión castellana de este último texto, realizada por Oscar Masotta y Orlando Gimeno-Grendi —cf. Jacques LACAN, *Psicoanálisis. Radiofonía & Televisión*, Editorial Anagrama, Barcelona, 1977, pp. 47 y 58— misteriosamente traduce *effaçon* por “esguince”.

<sup>41</sup> *\*aquella o por qué\* / \*ese* donde por qué\*

¿Cómo es posible que se produzca, esta relación típica en el sujeto, constituida por la existencia del significante como tal, único soporte posible de lo que es para nosotros originalmente la experiencia de la repetición?

¿Me detendré aquí, o les indicaré desde ahora cómo hay que modificar la fórmula del signo para captar, para comprender lo que está en juego en el advenimiento del significante?

El significante, al revés del signo, no es lo que representa algo para alguien, es lo que representa precisamente al sujeto para otro significante.

Mi perra está a la búsqueda de mis signos, y luego habla, como ustedes saben. ¿Por qué es que su hablar no es un lenguaje? Porque, justamente, yo soy para ella algo que puede darle signos, pero que no puede darle significantes.

La distinción de la palabra, como puede existir en el nivel preverbal, y del lenguaje, consiste justamente en esta emergencia de la función del significante.<sup>42</sup>

**establecimiento del texto,  
traducción y notas:  
RICARDO E. RODRÍGUEZ PONTE**

**para circulación interna  
de la  
ESCUELA FREUDIANA DE BUENOS AIRES**

---

<sup>42</sup> Una nota aquí al margen, de ROU, informa que en uno de sus propios textos-fuente, al final de esta sesión, se encuentra a su vez una nota que remite al texto de Lacan sobre la metáfora, aparecido en el *Bulletin de la Société française de philosophie*, janvier-mars 1961; se trata de su intervención sobre la exposición de Ch. Perelman: «El ideal de racionalidad y la regla fundamental», en la Société française de philosophie, el 23 de abril de 1960 (y no el 23 de junio de 1961 como informan erróneamente los *Escritos 2*, p. 867), publicada finalmente, tras su reescritura, bajo el título *Apéndice II. La metáfora del sujeto*, en los *Escritos*.

**FUENTES PARA EL ESTABLECIMIENTO DEL TEXTO, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE ESTA 4ª SESIÓN DEL SEMINARIO**

- **JL** — Jacques LACAN, *L'identification*, Séminaire 1961-1962. Lo que Lacan hablaba era recogido por una taquígrafa, luego decodificado y dactilografiado, y el texto volvía a Lacan, quien a veces lo revisaba y corregía. De dicho texto se hacían copias en papel carbónico y luego fotocopias. La versión dactilografiada que utilizamos como fuente para esta *Versión Crítica* se encuentra reproducida en <http://www.ecole-lacanienne.net/index.php3>, página web de *l'école lacanienne de psychanalyse*. Se trata de una fuente de muy mala calidad (fotocopia borrosa, falta de dibujos, sobreenotada, etc.).
- **JL2** — Aparentemente se trata del mismo texto-fuente que el anterior, pero vuelto a dactilografiar, casi sin notas manuscritas en los márgenes, y posiblemente corregido, probablemente por M. Chollet. Fuente fotocopiada que está en la Biblioteca de la E.F.B.A. codificada como CG-180/1 y CG-180/2.
- **ROU** — Jacques LACAN, *L'identification*, dit “Séminaire IX”, Prononcée à Ste. Anne en 1961-1962, Paris, Juin 1993. Por razones de índole legal, los autores de las transcripciones no se identifican a sí mismos. No obstante, esta versión se atribuye con suficientes razones a Michel Roussan, quien efectuó un notable trabajo de transcripción y aparato crítico a partir de varios textos-fuente, entre ellos dos versiones dactilográficas, dos versiones de M. Chollet, de épocas diferentes, y notas de asistentes al Seminario, como Claude Conté, Jean Laplanche, Paul Lemoine, Jean Oury e Irène Roubleff.
- **AFI** — Jacques LACAN, *L'identification*, Séminaire 1961-1962, Publication hors commerce. Document interne à l'Association freudienne internationale et destinée à ses membres, Paris, Juillet 1996.
- **GAO** — Jacques LACAN, IX – *L'identification*, Version rue CB (version du secrétariat de J Lacan déposée à Copy86, 86 rue Claude Bernard 75005), en <http://gaogoa.free.fr/Seminaire.htm>